

EL AJEDREZ VIVO DE ORIENTE MEDIO

Por EDUARDO HARO TECGLÉN

CADA vez parece más difícil que se pueda encontrar una solución definitiva a la situación-nudo creada en el Oriente Medio; cada vez se pueden tener legítimamente más sospechas de que se vaya a dejar, una vez más, una llaga ulcerada entre Israel y los países árabes vecinos. Todavía las soluciones definitivas parecen exclusivamente idealistas, utópicas. El mundo lleva milenios resolviendo sus problemas agudos por la fuerza, por la violencia: por la guerra. Se ha demostrado en nuestra época que la guerra no es una solución en sí misma, sino una solución aparente y provisional que produce, a la larga, en el futuro, otra guerra. No hay guerras aisladas: hay ciclos de guerras. Y podría decirse que tampoco hay ciclos de guerras aislados, sino que cada ciclo engendra otro ciclo. Si un historiador emprendiese la tarea racional de escribir una historia de la humanidad de una manera lógica, a la inversa de como se suele hacer; esto es, en lugar de partir de la prehistoria para llegar a nuestros días, comenzando precisamente por nuestros días para remontarse hasta la prehistoria, esta concatenación de hechos se vería claramente. El defecto de la forma tradicional de historiar consiste en que se describe o se analiza cada período como si el historiador ignorase lo que ha de ocurrir después, como si tratase de hacer un esfuerzo para convertirse en un contemporáneo de los hechos relatados, cuando en realidad debe ser un contemporáneo nuestro, que utilice todo el material de coordinación y de investigación que da nuestra época y que sea capaz de analizar el pasado en función de la actualidad.

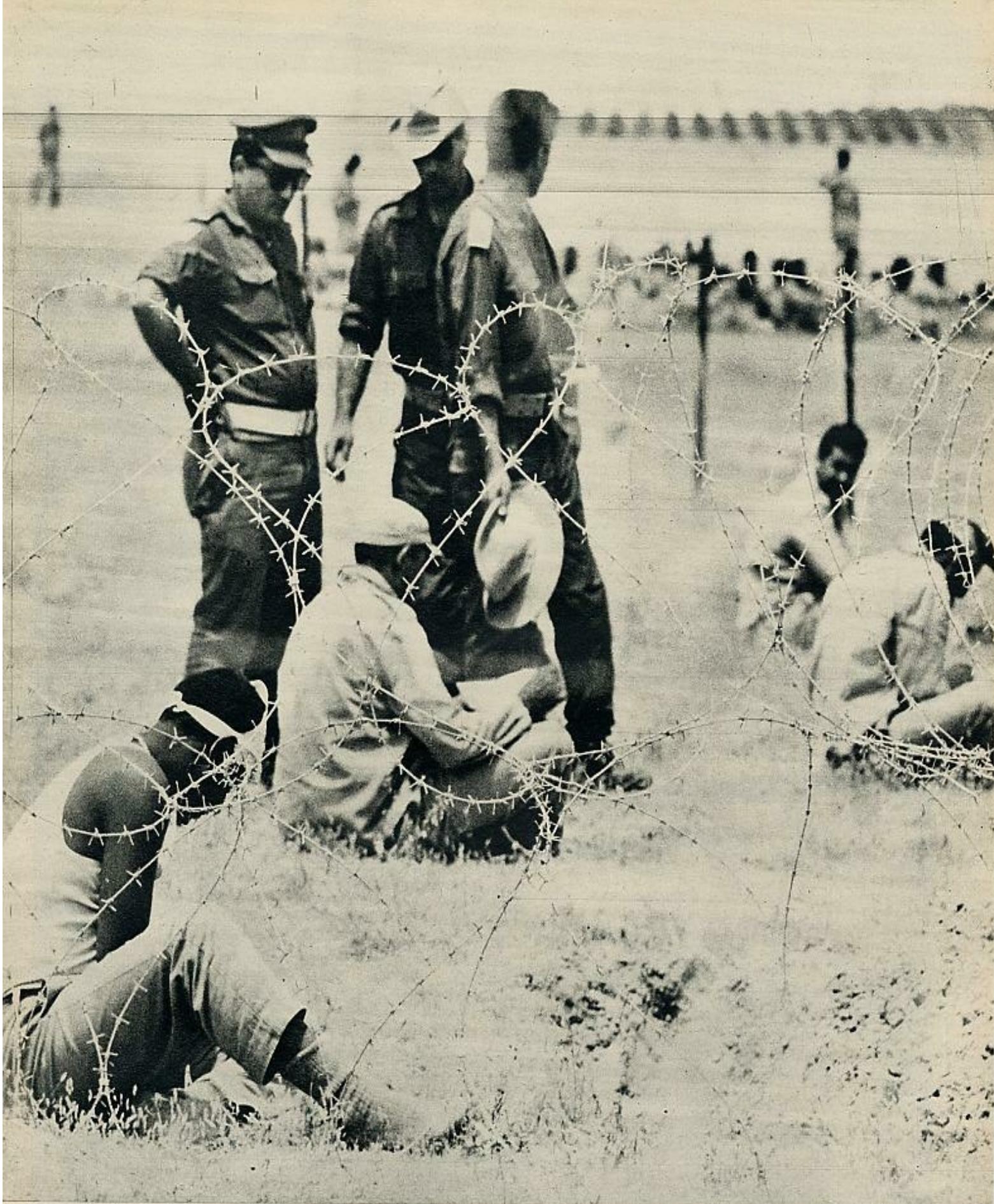
ESTA noción moderna de la inutilidad de las guerras no solamente no tiene valor coercitivo, sino que, además, es ignorada o despreciada por una inmensa mayoría de personas, y muy precisamente de personas con autoridad y gobierno. Se trata de un drama que quizá es propio de nuestro tiempo —me faltan conocimientos para saber si en otras épocas ha sido igual—, que es el de poder instaurar con capacidad ejecutiva nociones que científica o intelectualmente están probadas como ciertas. Se sabe —probablemente— cuál es la causa de una serie de males del mundo —por ejemplo, la presión demográfica, la falsedad de la relación de fuerzas entre la juventud y las clases senatoriales, la colonización de la mujer, la existencia del hambre en las dos terceras partes del mundo—; se airean estos problemas, se repiten sus soluciones posibles y, sin embargo, la capa de arcaísmo, de conservadurismo, de defensa de que está rodeada la sociedad contemporánea la hace impermeable y ciega a la aplicación de las soluciones, incluso a que se aborde de cara y sin temores la existencia de los problemas. Se sabe que la guerra no es una solución, y se continúa invocando la guerra, y hasta acudiendo fugazmente a ella para tratar de resolver las cuestiones pendientes.

SIMULTANEAMENTE a esta noción de la guerra inútil, existe la de la guerra imposible, que tiene más valor ejecutivo. La guerra es hoy imposible porque supone la puesta en marcha de una serie de engranajes que llevarían a la destrucción de la humanidad. Es lo que se llama «el equilibrio del terror». Esta noción, por el contrario, está aceptada por todo el mundo. Pero no es una noción natural, no es una noción progresista. La falta de relación entre la fórmula de la «guerra inútil» y la fórmula de la «guerra imposible», entre «lo que no debe ser» y lo que «no puede ser» es una de las razones de la

inestabilidad actual. En la conciencia política dirigente y en la de muchas clases dirigidas existe la idea de que solamente una guerra resolvería los problemas del mundo y la idea consecuente con la anterior de que, puesto que la guerra es imposible, los problemas han de quedar sin resolver. Es decir, todavía no se ha establecido con firmeza la noción de que los problemas hay que resolverlos mediante ideas pacíficas y constructivas, y aunque es menos dañina una resignación a una pérdida diplomática que el falso éxito de un triunfo guerrero.

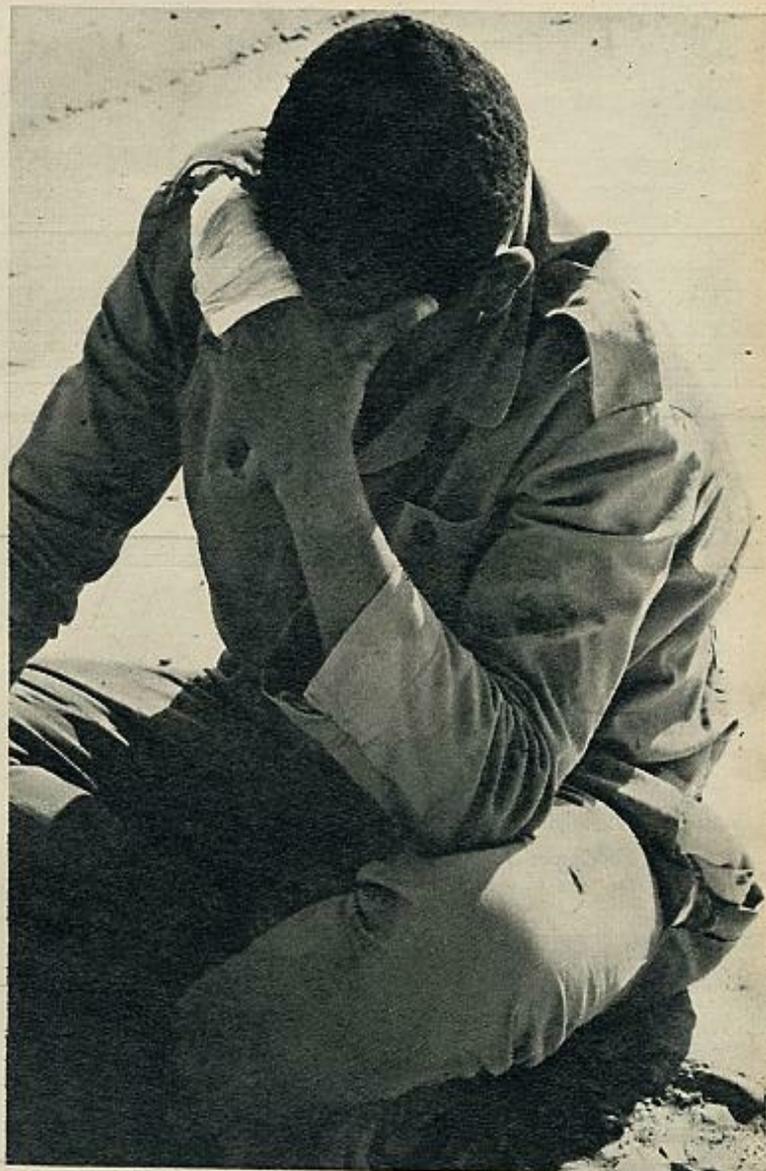
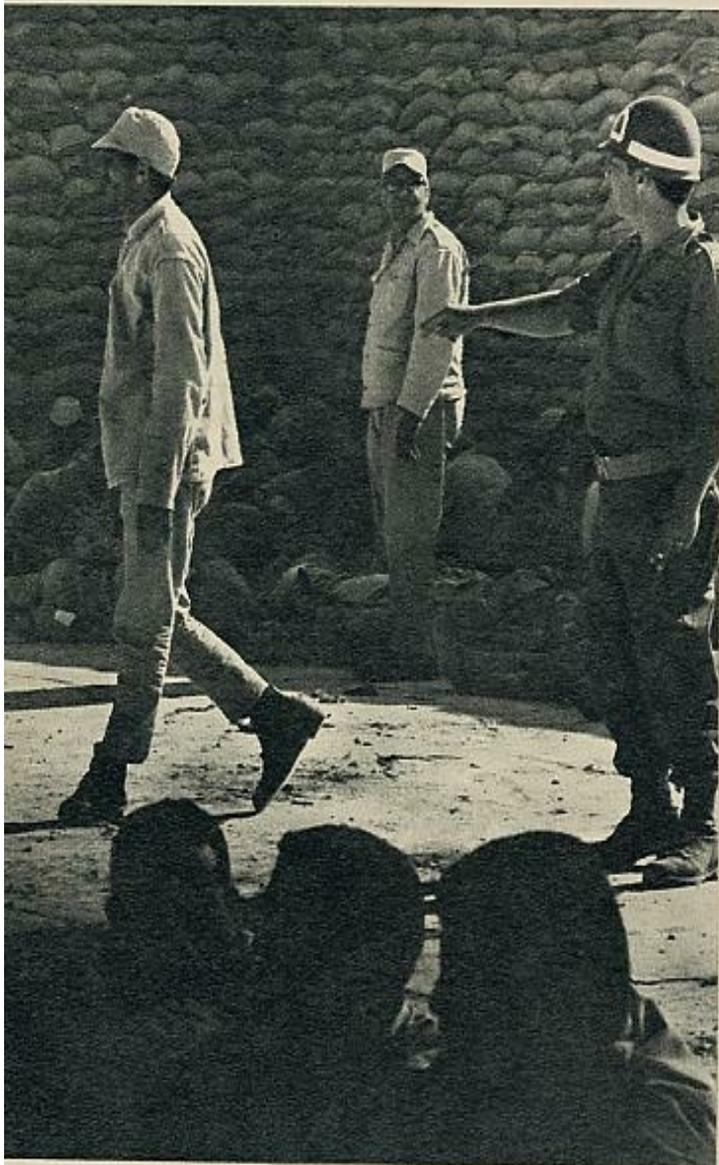
ES indudable que ni Israel ni la RAU —y algunos otros de los países árabes— han estado sujetos en los últimos años a ninguno de los dos órdenes de ideas. Uno y otro adversario han estimado la guerra capaz de resolver sus diferencias; ninguno ha creído que fuese «imposible». Nasser ha supuesto realizable la reconquista de Palestina, su conversión en una provincia árabe. Aun siendo falsas las ideas que se le han prestado, de devastar el Estado de Israel y expulsar en masa a sus habitantes a otra orilla del Mediterráneo, bastaba con su intención de que Israel dejase de existir como Estado para que sus habitantes actuales levantasen una dura muralla defensiva; de un exceso de defensa a un principio de agresión no hay más que un paso, a veces invisible, imperceptible. El idealismo de Nasser consistía en suponer que el Estado de Israel podría desaparecer del mapa; consistía en imaginar que la URSS arriesgaría una guerra nuclear en defensa de la causa árabe. La URSS no puede tener en el Oriente Medio más intereses que los de una política estatal y una acción global, pero sus impulsos sentimentales hacia los países árabes, si los tuvo alguna vez, le debieron desaparecer en el momento en que en aquella zona se castigaba a los comunistas con la pena de muerte. Por otra parte, el idealismo de Israel se apoya en unas fuentes de poder de carácter mítico y religioso, se basa en la idea teo-histórica de la reconquista de la «tierra prometida», en la posibilidad de recomenzar la historia del «pueblo elegido». Circulan ya por el mundo judío —y no sólo en Israel— nuevos mitos relacionados con las operaciones fulgurantes de esta breve guerra: se habla de que nació un niño misterioso en Jerusalén en el mismo momento en que entraban las tropas israelíes, y que ese niño sería el Mesías que siguen esperando; se habla de ciertos prodigios, de ciertas apariciones quizá de Moisés, de ciertos movimientos inesperados del sol...

LA red de problemas realistas que cubre el Oriente Medio se mezcla extrañamente con los problemas idealistas y míticos. A nivel de las grandes potencias, la red de conflictos está en la clave militar del Mediterráneo, la entrada al continente africano, el control del petróleo, la comunicación por el canal de Suez. Son temas reales y palpables. A nivel puramente local, los problemas típicos de los países árabes se centran en la existencia de un millón y medio de árabes musulmanes y cristianos expulsados de Palestina y expoliados de todos sus bienes, que hoy alimenta la ONU; en la recuperación de sus fuentes de riqueza en manos de potencias —económicas y políticas— extranjeras; en la existencia de regímenes feudales donde hay minorías muy reducidas en número, detentadoras de enormes riquezas; en el hambre de enormes masas de carácter revolucionario. Y en la imposibilidad de resolver una gran parte de esos problemas por la continua acción de Occidente, que tiende a dividir y separar a los árabes, de **SIGUE**



EN los campos de refugiados está prohibido lavarse. El agua que, a la hora del mediodía, reparten los camiones cisternas es sólo para beber. La comida es también escasa: pan, aceitunas y alguna conserva. Este de los refugiados es hoy el problema humano más importante de la precaria paz de Oriente Medio. A los 706.568 palestinos inscritos en los registros oficiales de la ONU antes de la guerra, se suman ahora casi 200.000 más. Los mismos campos se han desplazado al huir en masa sus ocupantes ante el avance israelí. El éxodo ha tenido, paradójicamente, caracteres bíblicos: de Jericó, por ejemplo, salieron 35.000 personas, la mitad de sus habitantes. Los Estados árabes y los organismos internacionales se han movilizado intentando paliar el drama de los fugitivos. En Sinaí, por otra parte, hay planteado un segundo y grave problema: aviones, helicópteros y camiones judíos rastrean el desierto buscando egipcios, que la Cruz Roja se encarga luego de llevar a Egipto a través del canal de Suez. Muchos soldados han muerto de sed. En la fotografía, prisioneros egipcios en un campo de concentración.





Veinticinco años después, los que fueron víctimas y prisioneros en campos de concentración han pasado a ser guardianes de otros campos. Las víctimas son esta vez egipcios derrotados en una nueva «blitzkrieg», apresados en los frentes o recogidos en las arenas del Sinaí y que no han sido llevados todavía a Suez. La sombra de los sacos terrores, que sirven de límites a los campos construidos a toda prisa, queda reservada a los heridos.

EL AJEDREZ VIVO

debilitarles, para mantener en sus manos las fuentes de riqueza y las claves estratégicas de la zona. El apoyo a los regímenes feudales ha sido una de las fórmulas occidentales para sostener la situación; la creación del Estado de Israel ha sido otra, y de la eficacia que se acaba de comprobar. En cuanto a Israel, es víctima de su propia creación artificial. Es un país cuartel; un país eternamente movilizado. Un país nacido por la fuerza y la violencia, y mantenido por ella. Su misión de perturbador de Oriente Medio, del mundo árabe, la ejerce, sin duda, en contra de sus propios intereses pero, al mismo tiempo, sabe que en cuanto dejase de cumplirla dejaría de estar sostenido por quienes le ayudaron a nacer.

LAS contradicciones reales entre el mundo árabe y el Estado de Israel son considerables; las contradicciones míticas también. En los últimos años, las dos partes adversarias se han engolfado en sus diferencias míticas en lugar de enfrentarse con sus problemas reales y tratar de suavizarlos. En breves palabras: toda solución que no esté basada en el reconocimiento árabe de la existencia de Israel como hecho innegable, aunque su fundación y su sostenimiento hasta ahora

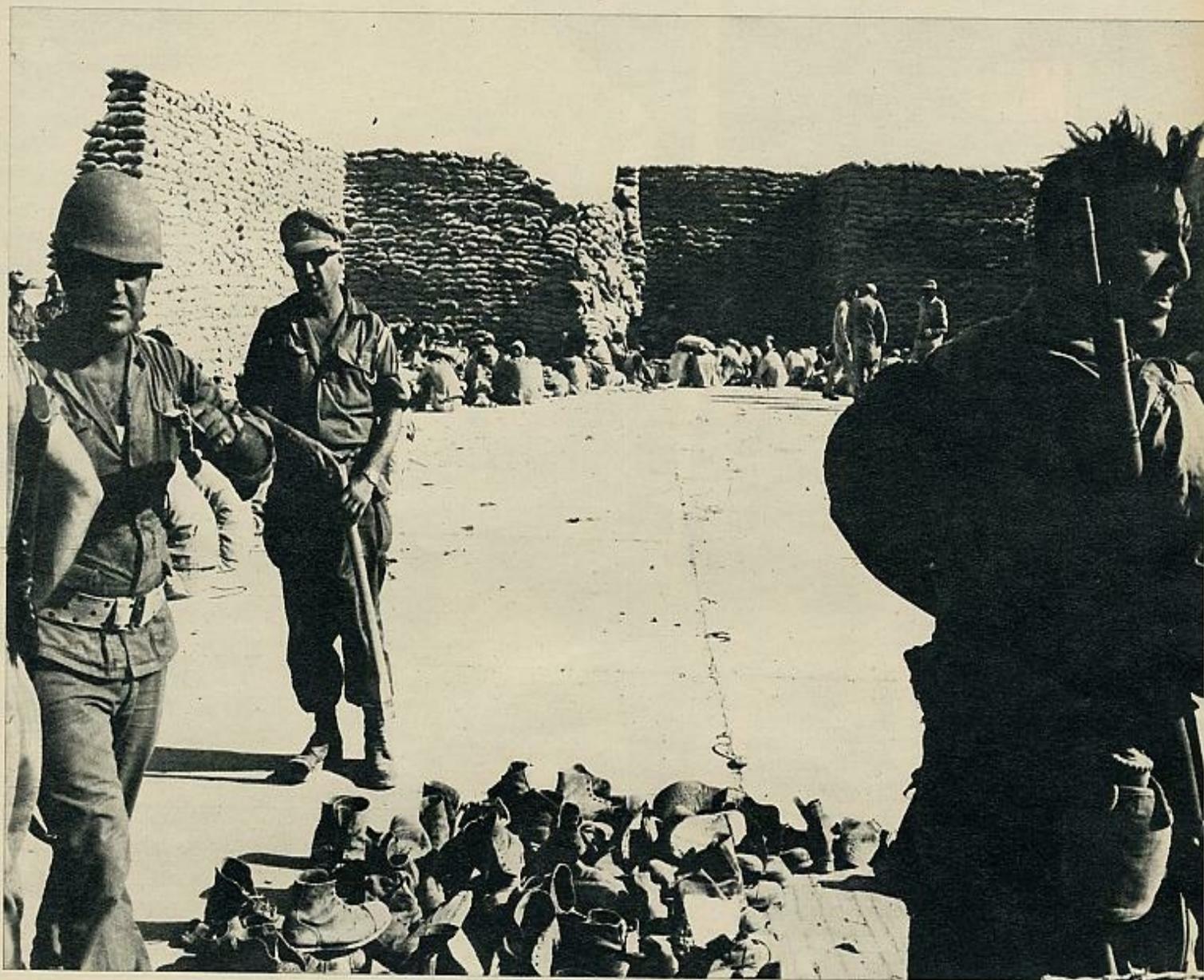
hayan sido artificiales —más aún, injustos y arbitrarios— será nula; toda solución que no suponga por parte de Israel su renuncia a sueños bíblicos y a expansiones modernas, que no acepte el regreso a sus hogares de los palestinos expulsados y perseguidos, y les restituya sus bienes; que no suponga el trabajo en común con sus vecinos árabes, será igualmente utópica. Para ello hay que partir del regreso a las bases de partida. Es decir, del abandono de las conquistas militares en la campaña de cuatro días. Abandono que, por otra parte, está inscrito en la Carta de las Naciones Unidas, que no admite la anexión de territorios por la fuerza.

ESTA premisa esencial no parece fácil de conseguir. La misma forma en que la moción soviética ha sido derrotada en el Consejo de Seguridad explica ya que los aliados de Israel se mantienen firmes. Los aliados de Israel —los Estados Unidos— negocian con la URSS desde el primer momento, como ya se ha dicho en estas páginas. La negociación se va a prolongar directamente con posibles entrevistas entre Kosyguin y Johnson, durante la estancia del primero en Nueva York con objeto de participar en los debates de la Asamblea Extraordinaria de la ONU —la ha pedido la Unión Soviética porque sabe que en el número total de votos de las Naciones Unidas hay mayoría árabe, así como en el Consejo de Seguridad hay mino- **SIGUE**



En los campos de alambradas no hay defensa posible contra el sol. Los judíos los montaron rápidamente en la zona de El-Arish, próxima al canal. El agua es el mayor problema de estos campos, donde los prisioneros padecen sed. No hay un solo pozo en muchos kilómetros a la redonda.





A los prisioneros se les despoja de sus botas para que no puedan huir por las dunas ardientes del desierto. Pero la medida es innecesaria: en tiempos de paz el gobierno egipcio no autorizaba a ningún vehículo internarse en la zona si no llevaba agua y gasolina para una semana. Los israelíes han comenzado la repatriación de los prisioneros, con excepción de los que son oficiales (entre ellos hay nueve generales y diez coroneles).

Fotos: ADRIANO MORDENTI; REPORTAJE: TEAM-MONDIAL PRESS

EL AJEDREZ VIVO

ría—; pero en estas negociaciones, los Estados Unidos tratarán de sacar partido de la posición militar conquistada por sus aliados. Es de prever que se pueda llegar a un acuerdo global y que en ese acuerdo los Estados Unidos obliguen a Israel a retirarse a las líneas de armisticio de 1949; con lo cual, además de la frustración árabe por la campaña perdida, habrá una frustración israelí por la victoria inútil.

PERO, si se consiguiera esa premisa esencial, ¿podrían enfocarse directamente los otros problemas pendientes? ¿Podrían ahora los Estados árabes reconocer oficialmente al Estado de Israel sin que ello supusiera una humillación? ¿Podría Israel abrir sus fronteras a los árabes expulsados y devolverles sus tierras sin sentir que sus aliados la habían engañado y que su victoria se volvía contra ella? ¿Podría renunciar a Jerusalén, a Jericó, a Belén sin sentirse frustrada en sus aspiraciones míticas? La guerra de los cuatro días no ha hecho más que envenenar estos problemas, aumentar su falta de soluciones. Un acuerdo entre la URSS y los Estados Unidos, una lenta influencia de

cada uno de estos países sobre sus pequeños aliados, hubiera podido resolver la cuestión mucho antes, podría haber instaurado un clima de confianza, de paz y de bienestar en Oriente Medio. Hasta que no ha llegado la situación límite no se ha planteado esta necesidad. Quizá ahora será demasiado tarde, y el problema quedará resuelto a medias, contenido a medias: ulcerado, en fin, y dispuesto a estallar de nuevo en cualquier momento.

DE todas formas, es aún demasiado pronto para sacar consecuencias. La situación es enteramente nueva, y es preciso que se pose. Es necesario que se celebre —está propuesta en Kuwait— la conferencia «en la cumbre» de los países árabes, y que esa conferencia se base sobre elementos realistas. Que no sea una reunión sobre bases míticas, sino capaz de aprovechar la lección de la experiencia amarga y de enfocar el futuro con bases de realismo nuevo. Es preciso que la URSS y los Estados Unidos lleguen a un acuerdo mutuo real, y no dejen la situación en suspenso. Aún hemos de ver muchas conmociones, muchos cambios, muchos movimientos en el ajedrez vivo de Oriente Medio antes de que podamos pensar en la posibilidad de una situación estable.